

**Intervención de Pedro Álvarez de Miranda
en el Pleno extraordinario de la Real Academia Española
en homenaje a Miguel de Cervantes**

26 de marzo de 2015

LA HUELLA DEL QUIJOTE EN EL IDIOMA

La estela que a lo largo de cuatro siglos, y prácticamente desde el primer día, ha dejado ese absoluto prodigio literario que es el *Quijote* se ha rastreado palmo por palmo: en la literatura, en el pensamiento, en las artes plásticas, en la música, en el cine.... Como se ha dicho hasta la saciedad, lo que empezó siendo un libro ha terminado convirtiéndose en un mito, es decir, ha llegado a infundir en la imaginación colectiva unas representaciones mentales e icónicas que son compartidas y reconocidas por millones de personas en todo el mundo, incluidas muchísimas que jamás han leído ni probablemente leerán la obra de Cervantes.

En uno de los surcos de esa estela quiero fijarme ahora. Me refiero a la impronta lingüística, a la huella que el *Quijote* ha dejado en las lenguas, y especialmente, claro es, en el acervo idiomático del español. No en vano el *Quijote* es esencialmente, como toda obra literaria, una construcción lingüística, un edificio levantado con palabras. Algunas de ellas han pasado a ser tan nuestras como de Cervantes. En otras la huella de la genial creación ha quedado grabada para siempre. Como señaló Lapesa, por ejemplo, en el uso moderno de la palabra *ínsula* la evocación cervantina es insoslayable.

El sedimento lingüístico que ha dejado el *Quijote* tiene varias zonas que podríamos analizar. Una, tal vez la más llamativa, la ocupan las palabras resultantes de la conversión en nombres comunes de los nombres propios que designan a los personajes de la novela, mediante un proceso de lexicalización. En el diccionario de la Academia, también en la reciente edición vigesimotercera, se recogen —con minúscula— las cuatro entradas siguientes: **quijote** (“hombre que, como el héroe cervantino, antepone sus ideales a su provecho o conveniencia y obra de forma desinteresada y comprometida en defensa de causas que considera justas”, y también “hombre alto, flaco y grave, cuyo aspecto y carácter hacen recordar al héroe cervantino”), **dulcinea** (“mujer querida” y “aspiración ideal, fantástica comúnmente”), **rocinante** (“rocín matalón” [es decir, ‘flaco, endeble y con mataduras’]) y **maritornes** (“moza de servicio, ordinaria, fea y hombruna”).

El fenómeno es conocido: el nombre de un personaje histórico, mitológico o literario pasa a remitir arquetípicamente a cualquier individuo que tiene los rasgos más salientes del personaje en cuestión. En la relación anterior acaso se echará de menos a Sancho Panza, pero el *Diccionario del español actual* viene en nuestro auxilio al recoger, también en minúscula y escrito en una sola palabra, *sanchopanza*, ilustrado con una cita de don Luis María Ansón, que en su libro *El grito de Oriente*, de 1965, escribió: “Vivimos en una sociedad de sanchopanzas”. Ese diccionario define: “Individuo falto de ideales, acomodaticio y materialista”.

Un segundo contingente léxico que nos interesa es el constituido por las voces derivadas de esos mismos nombres propios, en particular los de la pareja protagonista.

Quijote y *Sancho Panza* se han convertido en bases léxicas que han posibilitado en español — y en otras lenguas— la acuñación de las siguientes palabras, presentes todas ellas en el diccionario de la Academia: por orden alfabético, *donquijotesco*, *quijotada*, *quijotería*, *quijotesa*, *quijotesicamente*, *quijotesco*, *quijotil*, *quijotismo* y *sanchopancesco*. Añádanse, de la cosecha del DEA, *quijotizar* y *sanchopancismo*. Pero el repertorio no termina ahí. Tengo constancia del empleo, aunque pueda ser solo ocasional, de *quijota*, *quijotista*, *quijotero*, *quijotano*, *quijótico*, *quijotuno*, *quijotilmente*, *quijotización*, *quijotizante*, *quijotear*, *quijotidad*, *donquijotismo*, *donquijotada*, *aquijotado*, *aquijotar(se)*, *enquijotar(se)*, *desquijotizar(se)*, *desquijotización*; y de *sanchopancista*, *sanchopancino*, *sanchesco*, *sanchizar*, *sanchificación*. Un buen número de estos derivados se concentran en la obra que, sin duda, más partido lingüístico ha sacado de esas dos raíces, que es la *Vida de don Quijote y Sancho* de Unamuno: por momentos, un juego casi torturante con ellas.

Algunos de los derivados son muy tempranos, lo que atestigua la rápida fama de la novela. *Quijotada* consta en un soneto de hacia 1609 que podría ser de Lope, y, más aún, aparece en la segunda parte de la novela, en boca de Sansón Carrasco: “Vengan más quijotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza, que con eso nos contentamos”. También en 1615 se documenta *quijotil*, en pluma de Tirso. En el XVIII se empleó mucho *quijotismo*. Etcétera.

No menos interesante es el fenómeno de las palabras a las que el *Quijote* ha dado vida. Así, *voquible* por *vocablo*, acuñación de Sancho, ha llegado a los diccionarios y, lo que más importa, al uso de hoy. El léxico académico ha recogido por vez primera en 2014, pero podría haberlo mucho antes, esa otra creación genial que es *baciyelmo*, con la que el escudero consigue escurrirse de una situación comprometida. El diccionario la define como “situación o realidad caracterizada por la pretensión de conciliar, mediante una fórmula híbrida, posiciones o conceptos enfrentados”. Más aún se emplea el adjetivo *baciyélmico*, y el *Diccionario histórico* registró asimismo *baciyelmista*.

Algunas creaciones del *Quijote* las recogió ya el *Diccionario de autoridades*. Por ejemplo el adjetivo *escuderil*. Cervantes, aficionado a las posibilidades suavemente humorísticas de ese sufijo *-il* (ahí están también *venteril*, *condesil* y *jumentil*) emplea *escuderil* hasta diez veces en la novela. Y *Autoridades* lo incluyó: “Cosa perteneciente al oficio de Escudero”, citando uno de esos diez textos y otro del *Marcos de Obregón* de Espinel, de 1618. Tenemos también, entre otros, el caso de *encantorio*. Cuando el duque pregunta a Sancho si él ha visto a Dulcinea encantada, el escudero responde: “¡Y cómo si la he visto! [...] Pues ¿quién diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? ¡Tan encantada está como mi padre!”. Este texto sirvió para que el *Diccionario de autoridades* anotara puntualmente la palabra, definiendo “Lo mismo que Encanto o Encantamiento” y con el añadido: “Es voz baixa y rústica”. Es de suponer que cuando otros escritores la han usado después —caso de Tomás Carrasquilla, Jacinto Grau, Concha Espina o Carlos Rojas— haya sido como guiño u homenaje cervantino.

Del *Quijote*, hasta las erratas han pasado al diccionario. Así ocurrió, como estudié hace tiempo, con *amarrazón*, errata segura en una edición tardía; o con *lercha*, errata probable en la príncipe, un caso que han desmenuzado Pollux Hernández y Guillermo Rojo.

En cuanto a las formas complejas, no requiere prolijas explicaciones el hecho de que el diccionario académico recoja en el artículo *molino*, desde 1925, la expresión *molinos de viento* con el valor de “enemigos fantásticos e imaginarios”.

Están, finalmente, las muletillas y frases que han devenido proverbiales, a veces sin

que los hablantes tengan conciencia clara de su origen y alcance. Con la fórmula “¡Leoncitos a mí!” puede uno alardear de que no se amilana ante peligros o amenazas, y estará evocando la gallardía del Caballero de la Triste Figura. Mucha gente cree que las expresiones “desfacer un entuerto”, “desfacedor de entuertos”, etc., con esa f arcaizante, proceden del *Quijote*, como que designan una de las misiones a que está llamado el caballero andante. En vano se buscarán, sin embargo, tales expresiones en la novela, donde la palabra *entuerto* no ocurre ni una sola vez. Lo que sí aparece en ella es *desfacer tuertos*, y más aún *enderrezar tuertos*, puesto que tuerto, literalmente ‘torcido’, significaba también “agravio, sinrazón o injuria que se hace a alguno”, según explica *Autoridades*. También es, en parte, fruto de la imaginación colectiva la frase “Con la Iglesia hemos topado”, deformación de lo que realmente dice don Quijote a Sancho cuando llegan de noche al Toboso, y, buscando en la oscuridad el alcázar del Dulcinea, tropiezan con el principal edificio del pueblo: “Con la iglesia hemos dado, Sancho”. Es curiosa no solo la alteración de la frase, sino sobre todo que, convertida en proverbial, se hayan visto en ella unas segundas intenciones que seguramente ahí no hay. Es la iglesia con minúscula y no la Iglesia con mayúscula de lo que ahí se habla. De esta y otras frases alteradas, y de una completamente apócrifa, que no está en el *Quijote*, “Ladran, luego cabalgamos”, se ha ocupado Francisco Rico.

Hay otra, más o menos proverbializada, “Cosas veredes”, que también puede encontrarse atribuida al *Quijote*, y que, si acaso, derivaría de un “Cosas tenedes, el Cid / que farán hablar las piedras” de cierto romance sobre el héroe castellano.

Inagotable riqueza la del *Quijote*, que da hasta de lo que no tiene.

Pedro Álvarez de Miranda
Argamasilla, 26 de marzo de 2015